

Presentando nuestra alegría a Dios

El misterio de la Presentación es el 4º Misterio Gozoso. Es el que abre nuestro mes de febrero con esta fiesta que nos es muy querida: María y José, con el Niño Jesús en sus brazos, entran en el Templo. Vienen a presentar a su primogénito, como lo pide la ley de Moisés.

Es un misterio ciertamente paradójico: todo muestra la dulce luz y la discreta alegría del momento. Lo que se dice del Niño nos asombra. La luz de Dios entra en el Templo. ¿No decimos que Jesús es *luz de luz*? y por tanto, la sombra de la muerte ya planea: la espada que atravesará el corazón de María es recordada por el anciano Simeón.

Por tanto —al menos aparentemente— nada parece enturbiar la alegría de esta joven pareja. Por cierto, el sufrimiento es evocado pero, aun siendo terrible y fijándose en el corazón de María, no podrá hacer olvidar la belleza del instante. La belleza es frágil pero finalmente es mucho más fuerte y eficaz que todas las amenazas. José y María están entregados a la contemplación del que es su alegría: su hijo, *el más bello de los hijos de los hombres*. Y si a nosotros nos entusiasma esta fiesta de la Presentación, es porque su alegría se hace nuestra. Y vamos avanzando, con alegría, cirios en mano, en nuestras iglesias para recordarlo.



Finalmente ¿Qué esperamos para hacer lo mismo? Presentamos espontáneamente nuestras penas y peticiones a Dios. ¿Por qué no hacer lo mismo con nuestra alegría? **Presentarle nuestras alegrías**, ya se trate de Jesús mismo o de instantes preciosos de nuestra existencia, para que suba hasta Dios esta ofrenda de alegrías que alegre su corazón.

**Fr. Louis-Marie Ariño-Durand, OP
Capellán Internacional de los Equipos del Rosario**

